

LUISA

No, señor, no; es orfandad. Como mamá volvió a casarse...

FAUSTINO

Yo creí que tú eras hija de su segundo matrimonio.

LUISA

No, señor, no; del primero. Yo no conocía a mi padre.

FAUSTINO

¡Ah! ¿A tu padrastro sí?

LUISA

Sí, señor, sí.

FAUSTINO

Entonces, ¿cuál fué el que se murió? ¡Qué disparates digo! Si tu mamá se casó después, claro que el primero que murió fué tu padre. Perdona, hija; pero es que tu mamá tiene un modo de contar las cosas... Yo sabía que de sus maridos, uno había muerto y el otro había desaparecido de la noche a la mañana.

LUISA

El que yo conocía.

FAUSTINO

¿Tu padrastro?

LUISA

Sí... Es decir..., sí, mi padrastro.

FAUSTINO

¡Pobre Luisita! También se embrollan las historias en tu cabeza. Es que hay historias complicadas, ¿verdad?

LUISA

Sí, señor, sí.

FAUSTINO

Que son las más tristes. Y cuando a los padres les cuesta trabajo contar una historia, ¿qué trabajo no les costará a los hijos? ¿No es verdad, hija mía? Vamos, dime tus penas; si yo soy viejo y sé de la vida... Estos libros también hablan de la vida. Nada me asusta, y lo comprendo... Y hay cosas tan fáciles de comprender... Figúrate que yo empiezo por estar seguro de que nadie tiene la culpa de nada. Todo es como es porque no puede ser de otro modo. Nos llamamos buenos o malos porque con algún nombre hay que distinguir los aspectos de las cosas; como hay que distinguir de colores, y ya ves, todos los colores son una misma cosa: luz, la luz de ese sol que está allá arriba... Pues cuando sepamos lo que está allá, mucho más arriba que ese sol, podremos hablar con fundamento de bondades o de maldades. Y perdona, que no quiero yo ahora explicarte mi amable filosofía; lo que yo quiero darte a entender es que puedes decírmelo todo, todo lo que te aflige, lo que sientas.

LUISA

Es usted muy bueno, don Faustino.

FAUSTINO

Sí, soy de ese color. Conque dime, dímelo todo, como a un abuelito. ¿No te parece? ¡Pobre Luisi! ta! Me parece que hay muchas penas en ese corazón, que no se han confiado nunca, ni a tu misma madre. ¿Verdad? Porque acaso tu misma madre es algo de esas penas. ¿Digo bien? Ya ves que me anticipo a tus confianzas.

LUISA

No sabe usted lo que me anima y lo que me consuela con sus palabras. Pensar que usted se se interesa por mí de ese modo...

FAUSTINO

¡Ya lo creo! Y dime, dime, ¿son apuros de dinero los de tu casa? ¿No contáis más que con esa orfandad, que será una miseria? Y tú, ¿piensas dedicarte al teatro?

LUISA

Ya ve usted, si sirviera..., si creyera yo que servía...; pero verá usted. El año pasado íbamos a una reunión, en casa de una señora, ella decía que era marquesa, la gente decía que no; una reunión cursi, ya ve usted; yo iba a disgusto, pero mi madre dice que hay que vivir con la gente cuando se necesita a todo el mundo... Allí canté yo una noche una romancita que había yo aprendido de oírla en el teatro, sin pretensiones; pero estaba allí un profesor de Canto, y empezó a decir a mi madre que yo tenía una voz precio-

sa, un porvenir en el teatro, que debía estudiar..., que él me enseñaría.

FAUSTINO

¡Claro! ¿El profesor a qué estaba?

LUISA

Mi madre ya soñaba con verme cantando óperas, ganando un dineral... Yo también lo creía; estudiaba con mucho afán y con mucha ilusión. Dimos reuniones en casa para que me oyeran; todo el mundo me aplaudía, hablaron de mí los periódicos; canté en el teatro, en una Sociedad de aficionados; se nos presentó un señor que dijo que era empresario, y me ofreció..., ¡qué sé yo!..., un gran sueldo, y me dijo que no había oído nada igual; venía a casa todos los días.

FAUSTINO

¡Ya!...

LUISA

Pero la contrata no parecía nunca; unas veces era para Madrid, otras para provincias; pensaba tomar varios teatros; en casa seguían las reuniones; a todo esto, figúrese usted, deudas, apuros, y mi madre tan ilusionada y yo también; pero una noche de reunión había yo cantado, me habían aplaudido todos, estaba yo más contenta que nunca. Iba a entrar yo en el gabinete, y oí que hablaban el empresario y unos muchachos amigos suyos que él había llevado; no sé qué idea me dió de quedarme detrás de la cortina a escu-

charlos, y se burlaban de mí y de mi madre, y de mi voz y de nuestras ilusiones, y de todo... No sé qué me pasó; me caí desmayada, redonda; no quise decirle nada a mamá..., ¡con su carácter!... Estuve enferma, dejé las lecciones, en nuestra casa los apuros siempre... Mi madre pensó en volver a casarse con un señor amigo que venía a casa. Yo lo veía con disgusto, pero mi madre decía que no había otro remedio, que se casaba, que se casaba..., pero no se casaba... Y un día se presentó una señora con una niña; era la mujer de aquel hombre; nos insultó a mi madre y a mí; fué un escándalo; yo no oía nada; sólo veía a la niña que lloraba, lloraba como yo... Me hubiera abrazado a ella; ella tampoco tenía culpa de nada y éramos las dos las que llorábamos, porque los demás..., gritos, voces, insultos... ¡Qué vergüenza!

FAUSTINO

¡Vamos, hija mía!

LUISA

Cuando los médicos dijeros a mi madre que debía traerme al campo, ¡qué alegría tan grande! Y vinimos; nunca había yo estado tan contenta. Pero ya lo ve usted, no tenemos recursos; si no volvemos a Madrid, embargarán los muebles de nuestra casa, la casita de aquí, todo, todo... Mi madre esperaba hoy dinero, pero la condición es que volvamos a Madrid... Y Madrid, Madrid ya ve usted lo que es, es la vergüenza y es tener que ser mala sin querer serlo, don Faustino de mi alma, sin querer serlo.

FAUSTINO

¡Sin querer serlo! No, eso es lo que no debe ser, no lo pienses; si pensamos que hemos de ser vencidos antes de luchar, lucharemos con menos fuerza. No es bueno salir al encuentro de nuestro destino, aunque haya de llegar inevitable. Nada confío en el poder de eso que llaman voluntad, pero confío mucho en la imaginación. Imaginando una vida distinta de la que nos rodea y se nos impone, ¡quién sabe!, quizás podremos llegar a vivir esa otra vida. Sólo la imaginación es creadora. Imagina que tu vida no es como es; imagina lo más absurdo, lo más irrealizable: que puedes ser una gran artista; que la suerte puede cambiar de un modo inesperado; que un príncipe vendrá a ofrecerte su mano y su corazón, como en los cuentos de hadas... Todos los sueños, todas las ilusiones, lo que más nos aleje de la realidad... ¿Que es imposible, que es difícil? No lo creas. Mira: una vez, para estudios míos hice una ascensión en globo y llevaba conmigo una porción de instrumentos y de aparatos, necesario todo para mis estudios; pero sopló un mal viento; me vi en peligro de caer más pronto y peor de lo que yo quería; arrojé cuanto lastre llevaba; no era bastante, el globo descendía siempre... Entonces, ¡qué remedio!, allá fueron mis preciosos instrumentos, toda la carga; yo volví a subir y pude salvarme... ¡Qué excelente lección!... Sobre nuestra vida pesan afectos, consideraciones, preocupaciones que nos parecen carga preciosa de la que no podemos prescindir

en ningún caso; pero si llega el peligro, si es preciso salvarse, ya lo sabes, hay que considerarlo todo como lastre, y no vacilar en arrojarlo todo; verás cómo asciendes, verás cómo te salvas.

LUISA

¡Ay, don Faustino!... ¿Qué quiere usted decirme?

FAUSTINO

Perdóname. Ya sé que no es así como debo hablarte; no, no son éstas las palabras que yo quisiera encontrar para darte ánimos y para consolarte. Te parezco un viejo pedante, ¿no es eso?

LUISA

No, don Faustino... Sus palabras de usted yo las comprendo, sé lo que usted me dice; pero ya ve usted, esa carga de mi vida yo no puedo dejarla..., es mi madre; que no es mala, no lo es... Yo no quisiera que usted creyese que yo me quejaba de mi madre; sería una infamia... Mi madre quiere lo mejor para mí; se sacrifica por mí; yo lo veo: yo soy la que quisiera evitarlo... Yo trabajaría de cualquier modo; nada me avergüenza; a servir me pondría yo muy contenta, a trabajar de cualquier modo, en cualquier esfera... Pero a mi madre ni la puedo hablar de esto; quiere conservar nuestra posición; mi madre cree que tenemos una posición, sueña todavía con un matrimonio para mí. ¡Qué sé yo lo que sueña!

FAUSTINO

¿Por qué no? Puedes casarte...

LUISA

Sé lo bastante para comprender que no es posible; pretendientes, sí; ¿pero un marido?... El que llega con esa intención se debía pronto; los demás... No, yo no puedo pensar en casarme... Si lo veo, don Faustino, lo veo; en nuestra casa se habrá concluido todo; y cuando mi madre diga como siempre: «Hay que vivir, hija mía; hay que vivir...», ¿qué voy yo a decirle? ¿Hay que morirse?... No; ella no me lo ha dicho nunca.

FAUSTINO

Es verdad, tu madre no es mala.

LUISA

No, no lo es; pero yo quisiera que se resignara a aceptar otra posición para mí; la más humilde, cualquiera. Yo sería tan feliz en este pueblo, aquí las dos, tranquilas; con nada lo pasaríamos. ¿Qué podría yo hacer, don Faustino?... Aconséjeme usted. ¿En qué podría yo ganar esa miseria que nos bastaría para vivir aquí las dos solas?

FAUSTINO

Sí, sí; lo pensaremos; pero no te acobardes, no desconfíes. ¿Quién sabe? Un marido es lo mejor. No es tan difícil... Puedes encontrar un hombre inteligente, un hombre digno, capaz de comprender lo que vales... ¡Qué idea!... ¿Qué te parece don Manolito?

LUISA

¡Don Manolito!

FAUSTINO

Sí; tiene una posición independiente. Es joven, es un alma de Dios. Estoy seguro de que no se ha enamorado nunca.

LUISA

Don Faustino, no piense usted en eso.

FAUSTINO

¿Por qué no? Ya veremos, ya veremos. ¡Don Manolito, don Manolito! ¿Se ha dormido usted? ¿Qué hace usted ahí?

ESCENA VIII

DICHOS y DON MANOLITO

LUISA

¡Don Faustino, por Dios!

FAUSTINO

¿Se había usted quedado dormido?

MANUEL

No, señor. Me pareció que hablaban ustedes de asuntos particulares; no quise ser indiscreto, y me quedé en el corredor.

FAUSTINO

Sí, hablábamos... Luisita me hablaba de los disgustos de su casa, de su pobre madre... Esos pleitos... ¡Pobre Luisita!... Tan guapa; ¿verdad que es muy guapa?

LUISA

¡Don Faustino!

FAUSTINO

Pero venga usted acá, hombre de Dios; explíquese usted... ¿Por qué ha de ser usted tan descuidado?

MANUEL

¡Don Faustino! Usted me dice...

FAUSTINO

Sí, hombre, sí; usted es joven todavía. No hay que dar al saber ese aspecto desagradable. Yo a su edad de usted me componía, me acicalaba. Venga usted acá. ¿Y por qué no ha de quitarse usted nunca los lentes, si usted ve todavía?

MANUEL

Pero don Faustino...

FAUSTINO

Nada, nada... Y arréglese usted ese pelo... ¿Por qué ha de lucir usted esa calva prematura, que puede disimular todavía?... ¡Trinidad! ¡Trinidad! ¿Dónde estás? ¡Trinidad!

TRINIDAD

(*Saliendo por la segunda izquierda.*) ¡Señor!

FAUSTINO

Trae acá un cepillo y un peine.

TRINIDAD

¿Eh?

FAUSTINO

Un cepillo y un peine, mujer, ¿no has oído?

TRINIDAD

¿Adónde andarán ahora el cepillo y el peine?...
Voy, voy... (*Vase por la primera izquierda.*)

FAUSTINO

¿No es verdad, Luisita, que don Manolito debe cuidarse?... Son treinta y cinco años la mejor edad... A los treinta y cinco años, yo me rizaba el pelo y llevaba siempre las botas como un espejo, y unas corbatas... Tenía yo siempre cinco o seis corbatas muy bonitas.

TRINIDAD

(*Saliendo con el cepillo y el peine por la primera izquierda*) Aquí tiene usted.

FAUSTINO

Vamos, don Manolito...

TRINIDAD

¿Pero qué les ha dado a ustedes?...

FAUSTINO

Cualquiera que te oiga, creará que no nos cepillamos nunca, ni nos peinamos... Como si yo no tuviera siempre un frasco de agua de Colonia.

TRINIDAD

Sí, señor, siempre lleno.

FAUSTINO

Como esto de estar siempre a oscuras...

TRINIDAD

Ese es mi tema...

FAUSTINO

Corre esa cortina... (*Trinidad corre la cortina y se da más luz a la escena.*) Así... ¡Luz!... ¡Aire!... ¡Qué alegría!... ¡Qué rico olor!... ¡Qué hermoso tiempo!

MANUEL

A mí me ofende tanta luz, ¿qué quiere usted que le diga?

FAUSTINO

¿Sí?... Pues hoy va usted a quedarse ciego, porque hoy no se trabaja. Luisita es nuestra huésped, y debemos hacerle los honores. No es cosa de tenerla aquí encerrada. Nos vamos a dar un paseo por el campo.

LUISA

No, por mí...

FAUSTINO

No; si es por mí, por nosotros, que buena falta nos hace... Trinidad, tráenos los sombreros.

TRINIDAD

¿Y el quitasol?

FAUSTINO

No; no quiero quitasol. (*Vase Trinidad por la primera izquierda.*) Que nos queme el sol, que nos tueste. Vamos, don Manolito, Luisita... Al aire, al campo... ¿Qué diría tu madre si nos viera?... ¡Los buhos, como ella dice, salen a la luz!...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
F. D. W. HEYES
1825 MONTERREY, MEXICO

LUISA

Cosas de mamá, no se ofenda usted.

FAUSTINO

¿Ofenderme? Si dice bien.

TRINIDAD

(*Entrando con los sombreros.*) Aquí tienen ustedes...

FAUSTINO

En marcha. La juventud delante... Yo detrás con el perro, que ahora le soltaré al salir... (*A Trinidad.*) Trinidad, mientras volvemos, puedes barrer aquí; límpialo bien todo...

TRINIDAD

¿Eh? ¿Qué dice usted?...

FAUSTINO

¿No has oído?

TRINIDAD

Está bien, señor. (*Viéndolos marchar.*) ¡El demonio! ¡El demonio!... (*Telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA I

DON MANUEL y TRINIDAD

TRINIDAD

¿No está aquí don Faustino?

MANUEL

No, señora Trinidad, no está aquí; ya lo ve usted.

TRINIDAD

¿Le deja a usted solo?

MANUEL

Sí, señora Trinidad, ya lo ve usted.

TRINIDAD

¿Y no está en casa?

MANUEL

Eso ya no puedo decirlo.

TRINIDAD

Ni en el jardín, ni en la huerta... ¿Y no sabe usted dónde está?

MANUEL

¡Qué sé yo!

TRINIDAD

Pues yo sí lo sé... ¿Dónde ha de estar?... En casa de esas... señoras. ¡Ay, qué señoras, y a qué habrán venido al pueblo! Es que mismamente han trastornado el juicio a don Faustino. Mire usted, a él que no le importaba nada de nadie, y estuvo siempre mejor enterado de las estrellas del cielo que de la gente que anda por el mundo... Y ahora... tan interesado por los asuntos de esas señoras: que si el pleito, que si venden la casa, que si llegó alguien de Madrid a verlas, que si la niña está triste, que si la madre está alegre. ¡Ay, Dios me perdone, pero esa lagartona de doña Amalia ha engatusado a este pobre señor, y a la vejez viruelas. Si es claro; si es lo que les tiene que suceder a ustedes; están ustedes aquí metidos haciendo vida de ermitaños mismamente, sin saber ni querer saber del mundo ni de nada; llega el demonio a tentarles a ustedes, como a los santos, en figura de mujerota; y, claro está, como ustedes no conocen al demonio ni a las mujeres, se figuran ustedes que es cosa buena, y es el demonio, que les tienta a ustedes y se los lleva a ustedes por donde quiere... Sí, bueno está ser bueno y santo, y vivir recogido; pero no que se deje uno engañar del primero que llega con buena cara y mejores palabras, y eso es lo que le pasa a don Faustino. En Madrid y en el pueblo nunca quiso trato con nadie. En Madrid, no le digo a usted más, si encontraba a una se-

ñora de la vecindad en la escalera, ni los buenos días, que luego las criadas me lo decían a mí, que las señoras estaban muy enfadadas, y con razón, porque, sin despreciar, eran todas señoras muy decentes en la vecindad. Aquí, ya lo ve usted, también hay señores muy decentes, y personas muy principales y muy tratables; pues ni una visita de cumplimento, ni el saludo en la calle, y de pronto, una que llega con más historia que la Historia de España, y el buen señor, que es otro señor, y se vuelve fino, y vayan visitas, y vayan obsequios, y vaya... lo que venga, que Dios sabe lo que vendrá... ¡El demonio, el demonio!... ¿Y usted qué dice?

MANUEL

Digo que, dada la admirable locuacidad de usted, es imposible medir el tiempo por la duración de sus discursos; pero de medir por la cantidad de palabras, debe ser más de una hora lo que me ha quitado usted de trabajar para decirme cosas que no me importan. ¿Se entera usted, señora Trinidad?

TRINIDAD

Así, clarito. No, si a ustedes en no siendo cosas de la Luna o del Sol, o si dijo algún señor de Francia o de Alemania... Pues si a los que queremos a don Faustino no nos importan estas cosas...

MANUEL

Como yo no veo que haya mal para don Faustino en nada de eso...

TRINIDAD

No, si usted le ayudará a caer en la trampa, y después será usted el primero en reirse...

MANUEL

¡Señora Trinidad, que no hay paciencia que valga!

TRINIDAD

¡Y se llama usted amigo del señor, y dice usted que es para usted como un padre mismamente!... Y usted dejaría que su padre se dejara engatusar por una bribona.

MANUEL

Señora, deje usted en paz a mi padre, y a mí también, por de contado.

TRINIDAD

No, si por mí...

ESCENA II

DICHOS y DON FAUSTINO con un tarro de dulce.

FAUSTINO

¿Qué es eso? ¿Qué haces tú aquí?

MANUEL

Nada. Me ayuda a trabajar.

FAUSTINO

Si tuvieras de doctora lo que tienes de bachillera.

TRINIDAD

No, si ya es sabido, si la única mujer que habla soy yo; las demás lo preciso, y punto en boca. ¿Qué trae usted ahí?

FAUSTINO

Un tarro de dulce. Déjalo en el comedor.

TRINIDAD

¿Dulce? De monjas, ¿verdad? Dios sabe si tendrá alguna brujería el dulce. Yo que usted no lo probaba.

FAUSTINO

¡No digas desatinos! ¡Eres insoportable!

TRINIDAD

Sí, señor, sí: mal me quieren mis comadres porque digo las verdades. Si todos miraran por usted como yo, y vieran venir las cosas como yo las veo... Pues mire usted, desde ahora se lo digo... El día en que eso suceda...

FAUSTINO

¿Pero qué ha de suceder, empecatada?

TRINIDAD

Lo que yo tengo visto. Y si esa señora viene a esta casa de señora... o de lo que sea, o usted se va a la suya de marido... o de lo que sea..., sépalo usted, por una puerta entra ella y por otra sale la hija de mi madre.

FAUSTINO

¿Pero ha visto usted cosa igual?

TRINIDAD

Que donde ganarme un pedazo de pan no ha de faltarme, y en último caso, si por vieja no me quieren en ninguna parte, me iré a un asilo de Caridad, que ya se lo tengo dicho a las hermanitas que en Madrid van a pedir a casa todos los meses, y ellas también me lo tienen dicho, que además del dinero que usted las da, yo les doy una peseta mía y les guardo el pan duro y las puntas de cigarro de usted y las cerillas sin cabeza, que esas santas de Dios todo lo aprovechan y todo lo agradecen...

FAUSTINO

¡Pero hay paciencia para oírte!... ¡Enmudece, o no respondo de mi sobrehumana paciencia!

TRINIDAD

Sí, señor, sí; ya estoy muda, pero usted ya me ha oído y ya lo sabe usted; y como lo digo lo hago, ella por una puerta y yo por la otra, y por la ventana si no hubiera puerta... Ya lo sabe usted... (*Vase por la primera izquierda.*)

ESCENA III

DON FAUSTINO y DON MANUEL

FAUSTINO

¿Usted ha visto?

MANUEL

El caso de Trinidad es verdaderamente alar-
mante; es una locura, un delirio de persecución.

FAUSTINO

Estas criadas antiguas, en cuanto creen amenazado su predominio... Veinte años lleva a mi servicio... ¡Pobre Trinidad! En medio de todo, hay que agradecerle su interés, aunque sea exagerado.

MANUEL

Nada, que se figura que doña Amalia y usted están en relaciones, que se casan ustedes, o qué sé yo...

FAUSTINO

¡Qué disparate! Doña Amalia... ¡Buena está doña Amalia! Ya vió usted, se fué a Madrid para volver en el tren de la noche y tardó en regresar cuatro días... Y su hija aquí sola...

MANUEL

Con nosotros.

FAUSTINO

Con nosotros, ya ve usted, con nosotros. Esa confianza nos honraría si doña Amalia fuera capaz de comprender que la merecemos; pero en ella no es confianza, es abandono. Eso sí, de Madrid volvió muy contenta; se conoce que arregló sus asuntos; se trajo una porción de perifollos nuevos, un carro de trastos, hasta un piano.

MANUEL

Al que Luisita sabe dar expresión; hay sentimiento, hay gusto, delicadeza...

FAUSTINO

Sí, Luisita, sí. (*Pausa.*) Ahí tiene usted, Luisita es quien me interesa mucho.

MANUEL

¡Don Faustino!

FAUSTINO

¡No piense usted locuras! Me interesa con un afecto protector, paternal si usted quiere; naturalísimo en los que hemos llegado a cierta edad sin grandes afectos. Y en mí, créalo usted, así como la necesidad del afecto conyugal no ha existido nunca, el de la paternidad sí; la he sentido siempre. Yo no rehuí nunca el matrimonio por temor a los hijos, a los cuidados y responsabilidades que traen consigo; al contrario, mi ideal hubiera sido constituir una familia sin el intermedio imprescindible del matrimonio. Los hijos sin la esposa... Eso es.

MANUEL

Pues no era tan difícil, don Faustino.

FAUSTINO

No, entiéndame usted: cuando digo esposa, lo digo en un sentido más amplio, la mujer. Y cualesquiera que sean nuestras creencias, la madre de nuestros hijos es siempre la esposa, una mujer unida para siempre a nuestra vida. Esto no es de moral religiosa, ni siquiera social; es, digámoslo así, de moral instintiva... Y eso es lo que temí precisamente. Una mujer no es para los que tenemos algún ideal, algún entusiasmo fuera de

las cosas materiales de la vida. Las mujeres, usted lo sabe, son poco idealistas; su espíritu es conservador, defensivo, y por lo tanto rutinario. Todo avance y todo vuelo les asusta. Es la que dice siempre al hombre, esposo e hijo: — No te arriesgues, no te atrevas, atiende a tu provecho ante todo; si eres artista, haz arte de mercado; si eres hombre de ciencia, que tu ciencia sea lucrativa; si eres político, conténtate con ser ministro y mira por nosotros, que somos la familia, lo próximo, lo allegado; no mires por los demás, que son la humanidad. — Y usted lo sabe, usted lo siente como yo. ¿Qué valdría el paso del hombre por la tierra si sólo plantara el árbol de que ha de coger fruto; si sólo edificara la casa en que ha de pasar su corta vida; si sólo escribiera el libro que han de comprar sus contemporáneos? Mal planta, mal edifica y peor piensa el que no ve en cada retoño una floresta perenne; en cada piedra, el edificio de una ciudad grandiosa; en cada pensamiento, un mundo transformado, y todo para una humanidad futura.

MANUEL

Sí, don Faustino, tiene usted razón. El matrimonio no es para nosotros. ¡Si usted supiera en qué momento han venido a recordármelo las calurosas palabras de usted!... Esa, esa es la verdad. Nosotros no debemos pensar en casarnos.

FAUSTINO

¿Eh? ¿La verdad? ¿Qué dice usted?... ¿Que mis palabras en este momento...? ¡Si usted supiera

que las palabras que yo traía en la cabeza eran todo lo contrario de lo que acabo de decirle!... ¡Si usted supiera...! ¡Pícara manía discursera y razonadora! Tanto cree uno que vale lo que uno piensa, que acaba por sobreponerlo a lo que se siente y hasta lo que se quiere. Mire usted, don Manolito, cada día me convenzo más: el estudio entontece. La humanidad caminaría más segura y más resuelta, como ejército combatiente, sin tantos libros, que son como la polvareda que levanta al andar la humanidad y la oculta y la estorba el camino. Acción, acción..., la acción es todo... Hemos malogrado nuestra vida, don Manolito... ¿Intelectuales nosotros?... ¿Sabios nosotros?... Majaderos, estúpidos, desvanecidos...

MANUEL

¡Don Faustino, me espanta usted! ¿Qué le ocurre?

FAUSTINO

Que estoy indignado conmigo mismo y con usted; sí, señor, con usted, por haberme sacrificado su juventud, su porvenir...

MANUEL

¿Yo? Si yo me considero muy feliz, si yo no tengo más aspiraciones, ni más...

FAUSTINO

¡Calle usted, calle usted! Para usted es tiempo todavía!... ¡La vida, la juventud!... Así, sí, usted, así, sí, usted a esa ventana.

MANUEL

No se canse usted, don Faustino; ya sabe usted que a mí el campo, como elemento poético, no me dice nada. Arbolito más o menos; montaña más alta o más baja; arroyo o riachuelo que serpentean, me parece siempre lo mismo.

FAUSTINO

No estoy conforme, don Manolito; no estoy conforme. Nuestro espíritu está viciado por el estudio; no vemos nada a derechas; somos unos grandísimos tontos, créame usted, unos grandísimos tontos.

MANUEL

¿Y qué le hemos de hacer, don Faustino? Usted, creyente en la universal armonía, debe usted creer conmigo que así conviene, porque de todo ha de haber en el mundo, y a nosotros nos tocó en suerte ese papel.

FAUSTINO

No sea usted fatalista. Yo creo, yo creo... Yo no sé lo que creo; empiezo a no creer en nada. Escuche usted, don Manolito. ¿Usted no se ha enamorado nunca?

MANUEL

¿Enamorado, don Faustino? ¿De quién había yo de enamorarme?

FAUSTINO

Sí, es verdad; con la vida que usted ha llevado..., como no hubiera sido de Trinidad...

MANUEL

¿Es que le han dicho a usted...? ¿Es que usted sospecha...?

FAUSTINO

¿Qué han de decirme?... ¿Qué he de sospechar?... Lo contrario es lo que me hubiera costado trabajo creer... Pues hay que enamorarse, don Manolito; hay que amar... ¿Por qué no se enamora usted de Luisita?

MANUEL

¿Yo? Don Faustino...

FAUSTINO

Sería una solución para usted... y para ella... Solución y felicidad. ¡Pobre criatura! Al lado de su madre no habrá defensa para ella, y ella lo conoce, lo ve... y lucha; pero ella sola, ¿qué puede? Créame usted, don Manolito, sería una buena obra salvar a esa criatura; una buena obra que hallaría su recompensa en sí misma, porque, o mucho me engaño, o Luisita es la mujer ideal para un hombre como usted.

MANUEL

¿Y si yo le dijera a usted que también había pensado en ello?

FAUSTINO

¡Bravo!

MANUEL

Sí, señor; ya ve usted, yo estoy solo en el mundo; los únicos días de tranquilidad para mí son

estos que paso con usted en el pueblo; usted se queja del genio de Trinidad; a mí me parece un ángel, acostumbrado a mi patrona y a sus criadas... En invierno, durante el curso, rodando por casas de huéspedes, tengo que soportar a una gente...; no, no es para mi carácter. Sí, señor; yo necesito una familia. ¿Pero dónde iba yo a buscarla? Una mujer, la que yo necesito, no se encuentra en las bibliotecas ni en los laboratorios; ni de mi casa al Instituto, ni del Instituto a su casa de usted, que es todo lo que yo ando por Madrid ordinariamente.

FAUSTINO

¡Claro que no! Había de ser la casualidad, la Providencia. Seamos creyentes, don Manolito; hay Providencia.

MANUEL

Por mí...

FAUSTINO

Y la Providencia nos ha deparado a Luisita.

MANUEL

Sí, sí; a ella, sí; pero su madre... ¿Cree usted también que es cosa de la Providencia?

FAUSTINO

¿Quién lo duda? «De una buena suegra me libre Dios, que de la mala me libraré yo...» El peligro sería si Luisita estuviera de acuerdo con su madre; pero cuando ella es la primera en desear la separación... Si usted la hubiera oído..., hasta en ponerse a servir pensaba la pobre... Nada, nada,

don Manolito, hoy mismo habla usted con la muchacha; yo hablo con la madre, impongo mis condiciones severísimas: alejamiento, comunicación de tarde en tarde; en fin, eso corre de mi cuenta; de la de usted lo demás; hable usted sin empacho, sin...

MANUEL

¿Hablar? ¡No me diga usted eso! ¿Hablar? ¡No sabré qué decir!...

FAUSTINO

Pues una carta no me parece bien habiendo bastante confianza entre ustedes y viéndose a todas horas.

MANUEL

Es que una carta también tiene sus dificultades. ¿Qué dice usted en una carta?

FAUSTINO

No, qué dice usted. ¡Caramba, don Manolito, que es usted muy para poco! Yo no he sido ningún Don Juan, pero si llegaba el caso, para decir un chicoleo a tiempo no me faltaba gracia. ¡Chist! *(Se oye la voz de D.^a Amalia y Luisita.)* La madre y la hija; yo preparo el terreno y me llevo a la madre con cualquier pretexto, o usted se lleva a la muchacha, como usted quiera... Pero usted, por su parte... Vamos, no se atortole usted.

MANUEL

No le dé usted vueltas, don Faustino. Si pienso en lo que debo decir, no diré cosa con cosa; ya saldrá, ya saldrá; todo es el momento...

FAUSTINO

Sí, es verdad; el momento. Adelante, adelante, encantadoras amigas.

ESCENA IV

DICHOS; DOÑA AMALIA y LUISA por la primera izquierda, con sus labores.

AMALIA

Muy buenos días. Ante todo, ¿no molestaremos? Porque si están ustedes trabajando, nos salimos al jardín y allí nos sentamos con nuestra labor.

FAUSTINO

Ustedes no molestan nunca.

AMALIA

Sí, señor, sí; ¿no hemos de molestar? Hemos tomado esta casa como nuestra; pero si es que verá usted: aquellas cuatro paredes se nos caen encima; las dos solas todo el día, porque aquí no puede uno tratarse con nadie; las dos o tres visitas que teníamos, yo no sé por qué, de la noche a la mañana, no nos saludan; algún chisme de pueblo. ¡Ay, qué pueblos! A mí que me den corte o cortijo, es decir, corte, corte; los cortijos para sacarles la renta y comérsela en casa muy descansada. ¡Ay, don Faustino de mi alma! ¡Cuándo veré yo arreglados mis asuntos y podré vivir donde me convenga, que será en Madrid, que es el único sitio en que se vive a gusto y con liber-

tad, digan lo que quieran! Mire usted que yo he viajado y he vivido en muchas partes; pues no le dé usted vueltas, el trato tan franco y tan sencillo y la libertad que tiene usted en Madrid, en ninguna parte.

LUISA

Pues yo estoy aquí muy a gusto.

FAUSTINO

Sí, ¿verdad? Tú no echas de menos la libertad de Madrid.

AMALIA

Es que esta hija mía, cuanto más arrinconada y más metida en sí, mejor se encuentra; ¡pues están los tiempos para que nadie se arrinconel! Aquello de «El buen paño en el arca se vende», era de cuando no había más tiendas que las de la calle de Postas, como yo digo; ahora se necesita mucho escaparate y mucha luz eléctrica.

FAUSTINO

Y mucha trastienda.

AMALIA

¡Sí, pues a buena parte con Luisita! ¡Si ésta tiene el don de espantar a los hombres, como yo la digo!

FAUSTINO

¿Es verdad, Luisita? No lo creo. ¿No será ella la que se espante?

LUISA

Ya puede usted decirlo. ¡Si mamá supiera!...

AMALIA

Es que a ti siempre te parece que todos vienen con mala intención... Claro está que no habiendo mucho dinero por medio, ningún hombre se acerca a una mujer con idea de casarse; pero ahí está la habilidad y el trasteo, como yo digo: en hacerles comprender que no hay más remedio que pasar por el matrimonio.

LUISA

Pues yo no tengo esa habilidad, ni la tendré nunca.

AMALIA

Ya lo sé, ya está visto. ¡Pues como no espere-mos a un príncipe encantado!...

FAUSTINO

Luisita sabe muy bien que no hay príncipes encantados, y es inútil esperarlos; pero a un hombre de bien que sepa estimarla en lo que vale; a un hombre, ¿cómo diré yo...?

AMALIA

A cualquiera que se le diga que mientras esta chiquilla se está sin un mal novio donde usted la ve, porque lo que se llama novio esta es la hora que no ha tenido ninguno, yo, con mis años y sin humor para nada, si hubiera querido, hubiera podido casarme más de siete veces.

FAUSTINO

¡Doña Amalia! ¡Por Dios, más de siete veces! Yo creo que con una si era de verdad...

AMALIA

Claro está que una hubiera sido la verdadera; quiero decir, más de siete probabilidades... También está hoy usted de broma; más vale así, porque yo en cambio estoy tristísima para variar; si yo al despertarme todos los días sólo pienso: ¿qué disgusto será el de hoy, Dios mío de mi alma? Y dando gracias a Dios si no es más que uno.

FAUSTINO

¿Pues qué le ocurre a usted hoy?

AMALIA

Si va usted a ver, nada. Ustedes se reirán de seguro, y cualquiera a quien se lo diga; es que yo soy así; tengo un corazón que para todo llega, como yo digo, y lo mismo se interesa por las personas que por los animales.

FAUSTINO

¿Tiene usted enferma a la criada?

AMALIA

¡Ay, qué gracioso!... ¡Calle usted, por Dios! ¡Vaya, que este don Faustino!... ¡Quién lo dirá al pronto que tiene tan buenas salidas! No es la criada, no, señor; más valía, que de ella será la culpa.

FAUSTINO

Pues entonces...

AMALIA

Es el loro, usted le conoce, un animalito que hace diez años que está en mi casa; y que tiene

más conocimiento que una persona, y me quiere más que muchas personas, y charla lo más reterracioso de este mundo; cosa que oiga dos veces... Como que es un sofoco, porque a lo mejor dice unas cosas que pensarán que uno se las enseña.

FAUSTINO

¿Y el pobre está malito?

AMALIA

Sí, señor, muy malito; no levanta cabeza desde ayer tarde. Para mí que la bribona de la criada le ha dado perejil por no tener el trabajo de cuidarle.

FAUSTINO

¡El perejil de los Borgias!

AMALIA

No se burle, que cuando una lleva tantos desengaños con las personas, es cuando una sabe apreciar a estos animalitos.

FAUSTINO

Si no me burlo. Ya ve usted, como que ahora mismo voy a visitar al paciente, y si hay contraveneno...

AMALIA

¿De veras? ¡Ay, si me lo salvara usted, don Faustino de mi alma!... ¿Por qué no? Usted es un sabio, y de todo entiende. ¡Ay, vaya usted, vaya usted!

FAUSTINO

Espere usted, llevaré el botiquín... Don Manuel, alcánceme usted esa cajita..., ya sabe usted... *(D. Manolito saca una cajita de caoba que habrá en la estantería donde están los aparatos.)* Yo creo que le salvaremos; de loros entiendo mucho, porque un año entero nos dedicamos a estudios especiales sobre los loros, y entre don Manolito y yo envenenamos unos cuarenta.

AMALIA

¡Ay qué maldad tan grande! No me lo diga usted, que les aborrezco.

FAUSTINO

Gracias a eso, ahora podemos salvar a este de usted, que es un loro superior, un *superloro*, que bien vale las cuarenta vidas de sus semejantes sacrificadas. Cuando usted quiera.

AMALIA

Vamos, Luisita...

FAUSTINO

Deje usted a Luisita. Don Manolito es de confianza.

LUISA

No; voy, voy.

FAUSTINO

Que no, que no; que usted nos estorba... Diga usted a Luisita que se quede.

AMALIA

Quédate, niña. *(Bajo a D. Faustino.)* ¿Qué combinación se trae usted?

FAUSTINO

Déjeme usted a mí, déjeme usted a mí.

AMALIA

¡Ah! ¿Es que...? ¡Ay, don Faustino, si viera usted que estos hombres tan encogidos no me dicen nada!...

FAUSTINO

Si no es a usted a quien han de decirle, señora...

AMALIA

¡Ay! Déjeme usted, que yo también tengo mis ilusiones de madre, y este don Manolito, qué quiere usted que le diga, no es mi tipo; vaya, que no es mi tipo. *(Vase con D. Faustino por la primera izquierda.)*

ESCENA V

LUISA y DON MANUEL

MANUEL

¿No se sienta usted?

LUISA

No, señor; yo con mi afición: los libros. Me gustaría leerlos todos... Debe ser tan bonito saber de todo...